

# Una vida **UNA NOVELA**

ACROBATA  
DE CIRCO  
RETIRADO  
POR UN  
ACCIDENTE

AHORA  
ES ACTOR  
Y PRODUCTOR

UN MARIDO  
Y PADRE  
FELIZ.



# BURT LANCASTER



# ¡DE PROXIMA APARICION!

**JEFF CHANDLER.**—Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos legarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.



**JANE WYMAN.**—La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



**BETTY GRABLE** — Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa; ella, convertirla en célebre ballarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso — que terminó en divorcio — dio a Betty una marcada de confianza hacia a todos los hombres.



## UNA VIDA, UNA NOVELA

# BURT LANCASTER

- ◆ Durante la guerra, en Italia, conoció a la que hoy es su esposa.
- ◆ Ahora ha conseguido el anhelo de su vida: producir e interpretar una película de circo.
- ◆ Su antiguo compañero de trapecio trabaja con él en el cine.

Volumen n.º 37  
de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»



## VOLUMENES PUBLICADOS

- |                       |                      |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO      | 22. RITA HAYWORTH    |
| 2. JOHN WAYNE         | 23. TYRONE POWER     |
| 3. HEDY LAMARR        | 24. JUDY GARLAND     |
| 4. ERROL FLYNN        | 25. KIRK DOUGLAS     |
| 5. MONTGOMERY CLIFT   | 26. AUDREY HEPBURN   |
| 6. MARILYN MONROE     | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 7. GARY COOPER        | 28. JOAN CRAWFORD    |
| 8. ELIZABETH TAYLOR   | 29. RAF VALLONE      |
| 9. ROCK HUDSON        | 30. INGRID BERGMAN   |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 31. JAMES STEWART    |
| 11. CLARK GABLE       | 32. BETTY HUTTON     |
| 12. LESLIE CARON      | 33. JOSEPH COTTEN    |
| 13. GREGORY PECK      | 34. LORETTA YOUNG    |
| 14. GRACE KELLY       | 35. GLENN FORD       |
| 15. FRANK SINATRA     | 36. LANA TURNER      |
| 16. SILVANA MANGANO   | 37. BURT LANCASTER   |
| 17. VAN JOHNSON       |                      |
| 18. AVA GARDNER       | DE PROXIMA APARICION |
| 19. ALAN LADD         | 38. JANE WYMAN       |
| 20. SUSAN HAYWARD     | 39. JEFF CHANDLER    |
| 21. ROBERT TAYLOR     | 40. BETTY GRABLE     |

### ¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

BURT Lancaster tiene actualmente cuarenta y dos años. Tipo de atleta perfecto: un metro ochenta y seis centímetros de estatura, noventa y dos kilos bien repartidos; rubio; cejas pobladas que sirven de arco a los ojos profundos de un azul intenso; boca firme con dentadura perfecta, casi felina. Burt Lancaster ha interpretado últimamente en la película «Trapezio», que se rodó en París, bajo las órdenes de Carol Reed, el papel de un atleta circense. Este papel, con el que el actor ha soñado durante diez años, es todo un símbolo de lo que es y representa físicamente Burt Lancaster: la fuerza del hombre.

—He soñado durante diez años con poder interpretar un papel como el que actualmente estoy rodando —dice con un brillo de felicidad conquistada en los ojos—. Ya de niño quise ser trapeceista; luego, en un gimnasio, aprendí a saber tener los músculos en tensión y a endurecerlos.

—Por entonces nos conocimos —continuó su amigo Nick Cravat—. En una colonia de verano, a los nueve años.

—Sí, nos pusieron en la misma habitación —interrumpe Burt—. Al principio él se reía de la seriedad con que todas las mañanas y todas las noches hacía gimnasia, después decidió seguir mi ejemplo; días antes de marcharnos, todos los chicos lo hacían lo mismo.

—Simpatizamos pronto —interrumpe otra vez Nick—. A través de la gimnasia descubrimos una pasión común: la acrobacia. A Burt y a mí nos encantaba. En el invierno continuamos entrenán-



donos en el gimnasio, y así pasamos varios años sin pensar otra cosa que en ejercicios acrobáticos y gastando todo el dinero que podíamos recoger en entradas de circo.

—¿Recuerdas el número que montamos, Nick? —pregunta Burt, rememorando ilusionado.

—Para nada: ahora tú eres actor y yo boxeador. Comprendo perfectamente que estés satisfecho de «Trapezio». Carol Reed no hubiera encontrado otro actor con mayor entusiasmo y práctica que tú para interpretar este papel.

—Para nada, no, Nick. Nos sirvió para colocarnos en un circo y trabajar en él durante siete años. —Burt ríe feliz y luego dice: — Nos contrataron en un circo ambulante por tres dólares semanales, más la cama y la cena. Entonces, en el año 1932, aquel sueldo parecía una fortuna. Hasta que tuve que dejar el trapezio... ¿Recuerdas?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Ya nunca fue lo mismo; yo con otro compañero no trabajaba a gusto, eran demasiados recuerdos juntos.

La conversación ha tenido lugar en los Estudios, en un descanso de rodaje de «Trapezio». Junto a Nick Cravat y Burt Lancaster han escuchado la conversación Gina Lollobrigida, sentada en un escalón, y Norma Anderson, que ha ido a los Estudios a contar a su esposo que Juana, una de sus hijas, ha amanecido con anginas. Han tomado una taza de café mientras Burt y Nick Cravat recordaban los tiempos difíciles de su existencia.

—¡Gina! —dice la voz de Reed.

Y Gina se aleja hacia donde ha sido llamada,

dejando por donde pasa el dibujo alegre que marca su vaporosa falda.

—Querido, voy a encargar esta receta a la farmacia y regreso con Juana, ¿ya sabes que le encanta tener compañía cuando está enferma — explica Norma, mientras ofrece a su esposo la mejilla para recibir el beso de rigor.

—Di a la pequeña que esta noche le llevaré una sorpresa, y dale un besito de parte de papá. —contesta Burt.

Ante ellos pasa en este momento un payaso que luce un brillante vestido de alegres colores y un sombrero rojo chillón.

—¡Hasta la vista! —saluda Norma al recién llegado.

Norma se aleja en dirección contraria a la que sigue el payaso del sombrero rojo. Han quedado solos Nick y Burt Lancaster, que permanecen silenciosos mirando la esbelta silueta de Norma hasta que desaparece tras un decorado.

—Nick, es cierto que he puesto en esta película todo mi entusiasmo, tú puedes comprenderlo mejor que nadie —dice después el actor.

—Lo comprendo, Burt. Sé lo que esto significa.

Otra vez el silencio entre los dos; otra vez el taconeo simpático de Gina que pasa de largo con unos papeles del guión en la mano.

—¿En qué piensas, Burt? —pregunta el amigo.

—Pienso en lo que hubiera sido de no haber tenido el accidente —contesta ensimismado en sus recuerdos.

—Ha sido mejor así. Ahora eres un actor célebre, tienes a Norma y a los cinco pequeños, y te



permities el lujo de hacer «Trapezio». Además, ganas mucho dinero...

—Entonces me pareció que el mundo se había hundido a mi alrededor y que yo no podía hacer otra cosa que hundirme con él. Creí sinceramente que era mi vida entera la que se derrumbaba y, sin embargo, aquel accidente fue el principio del triunfo.

—Tu accidente fue el principio de una nueva vida para los dos. De no haber sido por aquello seguiríamos haciendo nuestro número «Lang y Cravat»; ahora tú en el cine y yo en el ring... aunque de vez en cuando estoy a tu lado en el celuloide.

—No me negarás que te divierte... En los Estudios dicen que la constante de mis películas eres tú.

—Desde luego, y te agradezco que te acuerdes de traerme ante las cámaras siempre que te sea posible; es algo con lo que yo no había contado nunca, pero tiene su interés. Para mí, también es una evasión del boxeo y esto es interesante, quiero conservar siempre la mente despejada —contesta Cravat, llevando la mano a su cabeza.

Burt Lancaster toma la cafetera y echa el aromático líquido en la taza de su amigo y en la suya propia.

—Se impone un brindis por mi viejo accidente circense —dice sonriendo.

—¡Por el circo! —contesta Nick.

Apuran la negra bebida y guardan silencio nuevamente. Tal vez los dos recuerdan en ese instante pasajes iguales de su juventud: la vida del circo; esa vida en que lo fantástico y maravilloso no extraña a nadie; la vida en que se

mueven dentro de un círculo los personajes más dispares en alegre armonía: los faquires, los payasos, los que leen en el pensamiento, los trapezistas, los domadores y los equilibristas, los enanos, los malabaristas y las ecuyeres; y luego los otros habitantes, los del Arca de Noé, los de la selva que salen a la pista a veces en grupo y otras uno a uno, para demostrar sus habilidades. Burt y Nick piensan en aquel mundo extraño en que vivieron y en el que todavía podrían vivir actualmente de no haber sido por el famoso accidente. Burt Lancaster, recuerda ahora claramente cómo sucedieron las cosas.

El había estado ensayando una y mil veces aquella figura combinada con Nick. Fue más tarde, por la noche. Burt estaba tranquilo, sin pensar en su trabajo. Observaba simplemente. En el centro de la pista Miss Carol hacía piruetas sobre un gracioso caballo blanco. El admiraba en Miss Carol sus magníficas dotes de jinete, y, sobre todo, aquella serenidad confiada con que recorría la pista mientras que sus ojos pequeños miraban al público sonrientes. Burt estaba ya vestido, cubierto con una capa hasta que fuese el momento; Nick había llegado al circo hacía apenas tres minutos y debía estar cambiándose. La banda acompañaba el galopar del caballito blanco que casi volaba, con la figura alada de Miss Carol sostenida en un pie sobre su grupa. Se habían escuchado los aplausos de cientos de niños; Burt miraba hacia el público y advertía que también las personas mayores aplaudían.

—¡Has estado magnífica, Carol! —le dijo con un amistoso saludo.



—Lucero se ha portado muy bien conmigo — explicó ella, mientras entregaba el caballo a un mozo.

—¿Preparado, Nick? — preguntó Burt a su amigo, que se acercaba a ellos en aquel momento.

—Cuando quieras.

Se dirigieron en distintas direcciones hacia las escalas de cuerdas dispuestas para llegar al trapecio. La pista se había iluminado ahora con una potente luz; dos grandes focos azules seguían los movimientos ascendentes de los dos hombres. La música dejó de oírse cuando ya estaban arriba; iniciaron ellos los primeros movimientos para asegurarse en el trapecio; todo estaba medido y ensayado: en tres segundos exactamente, Burt tenía que lanzarse al espacio, abandonar su trapecio y Nick estar preparado para dar impulso a su balanceo y conseguir de esta forma que su amigo pudiera asirse a sus tobillos. El tambor repiqueteaba con insistencia y Burt, ya dispuesto, había abandonado su trapecio; Nick, seguro y tranquilo iba en su busca y sonrió satisfecho al sentir en sus tobillos las manos firmes del amigo.

—¡Bravo, Burt! — exclamó —. Ahora el regreso... ¡Suerte!

—Todo irá bien, no te preocupes.

Pero la luz roja que les iluminaba, al seguir a Burt había tenido un instante de indecisión y él se sintió momentáneamente ciego, el trapecio había desaparecido de su campo de acción. El sabía por instinto, porque lo había ensayado mil veces, que el impulso de Nick le dejaría en el sitio justo para asirse mecánicamente a la barra delgada de su trapecio, pero el foco le cegaba y perdía la serenidad ante la imposibilidad física de ver. Nick

se dio cuenta de la tragedia por la que pasaba el amigo y voló rápido en su ayuda; ya era tarde: Burt se había recuperado y se lanzaba a ciegas hacia donde él calculaba que debía encontrar el trapecio; todas las luces se habían encendido en son de alarma, el tambor había dejado de oírse y tan solo se escuchó el grito desgarrado de Nick:

—¡A la derecha, Burt!

Burt estaba ya en el suelo, sin conocimiento, con las manos sobre los ojos. Fue trasladado inmediatamente al hospital.

—Afortunadamente ha caído bien; incluso ha tenido la serenidad suficiente para doblar las piernas e intentar saltar en busca de la escalera de cuerda — explicó el director de la troupe circense a los tres doctores que salían del quirófano.

—¿Ha recobrado el conocimiento? ¿Cómo está? — preguntó angustiado el amigo.

—Sí, ha recobrado el conocimiento, y creemos que la cosa no traerá complicaciones, pero el golpe ha interesado los tejidos y los nervios más sensibles y la curación no conseguirá volverlos a su estado primitivo. Este muchacho no podrá volver a su profesión, se resentirá continuamente y ya no tendría la misma seguridad.

\* \* \*

Esto fue lo que sucedió en el año 1939. Burt lo recuerda perfectamente. Nick le tuvo que explicar muchas veces las palabras del doctor para convencerle de que debía dejar el circo.

—Tienes que pensar en otra cosa, Burt; es



peligroso y no te reportaría más que disgustos. Yo mismo no podría trabajar sabiendo que de un momento a otro puedes fallar, sería un desasosiego continuo, no habría forma de trabajar.

—Pero ahora estoy desconcertado —explicaba el muchacho con desaliento—. No sé qué voy a hacer. Toda mi vida me he preparado para este trabajo y no entiendo otra forma de ganar dinero, de vivir. De algo estoy seguro —continuó, después de una pausa en que encendió un pitillo—; me gusta la vida del circo y buscaré lo más parecido a esta manera de vivir; no podría sujetarme a un trabajo de oficina o algo semejante: quiero continuar esta vida bohemia; vida de artista. ¿Qué opinas?

—Está bien pensado. ¿Pretendes entrar en un teatro?

—Sí, pero me será difícil. No sé más que subir al trapecio y lanzarme al espacio... y eso incluso a veces lo fallo —terminó entre dientes.

—Antes de ganarnos la vida en un trapecio hiciste mil trabajos: vendedor, cantante y camarero entre otros muchos; si te supiste adaptar a ellos te será más o menos difícil lo que te propones, pero lo conseguirás.

—Es curioso cómo de pronto se complican las cosas; yo era feliz así. Ahora tengo que pensar en una nueva vida.

—Es necesario no volver a pensar en esto, Burt. Ha llegado el momento de salir adelante como en otras ocasiones.

Burt consiguió un empleo en la W.P.A. «Teatro Proyecto». Se cansó pronto de aquel trabajo y lo dejó para ingresar en una sala de fiestas. Des-

pués, durante unos meses, fue maestro de ceremonias en un cabaret, y camarero en un café-cantante. Ganaba lo suficiente para comer y dormir, pero aquella vida no le agradaba. Marchó a Chicago, dispuesto a cambiar de vida; abandonaría decididamente el mundo ingrato de los espectáculos.

En Chicago examinó seriamente su propia capacidad y llegó a la conclusión de que le convenía hacerse conductor de camión. Se presentó en unos grandes almacenes con aquel pensamiento claro en su mente; creía realmente haber dado con la idea clave para labrarse un porvenir auténtico, pero el director de aquellos grandes almacenes no opinaba como él. Observó a Burt Lancaster: su espléndida figura de hombre atleta, sus ojos azules pensativos bajo la revuelta cabellera rubia, aquella boca fuerte y bien dibujada le sugirieron otra idea.

—Yo creo que un joven como usted, provisto de sus dotes físicas casi excepcionales, debe ser destinado a otro puesto que al de conductor de camión.

—Pero yo estaré bien conduciendo —protestó Burt tímidamente.

—Siempre quedará tiempo para poner en práctica su sugerencia; de momento, déjeme que sea yo quien decida dónde debe estar usted. Será vendedor en el tercer piso, en la sección de lencería.

A Burt no le agradó la decisión de aquel hombre, pero no dijo nada; estaba hambriento y necesitaba comer. De momento era una colocación y suponía que sería por poco tiempo, porque



el mismo director se convencería de sus ínfimas dotes para vender lencería a las señoras.

Durante unos meses se ocupa de aquel trabajo. Cuando sale de los grandes almacenes se dirige a un pequeño restaurante que hay cerca de allí y cena; después, en la soledad de su habitación, lee a William Saroyan y a Steinbeck. Por último, cansado de vender camisones y pijamas y hacer la propaganda de las puntillas según sean más o menos caras, se despide de aquella colocación y hace representaciones de las obras de Saroyan en pequeños teatros refrigerados, en pleno verano. Una tarde lee en el periódico que se necesita cubrir una plaza de bombero; la solicita y es aceptado. Regresa a Nueva York y a los pocos días, cuando trata de ingresar en la compañía de radio C. B. S. estalla la segunda guerra mundial y es movilizado. Todos sus sueños para el porvenir se detienen bruscamente con la guerra. En el año 1842 no es más que un simple soldado de la Quinta Armada. En los tres años siguientes, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco, Burt Lancaster recorre el África del Norte, Italia y Austria con una de las compañías militares de espectáculos para los combatientes. Lleva sus números de acróbatas y es aplaudido con simpatía por todos los soldados que se encuentran en el frente. Es un Servicio Especial y lo hace con gusto. En aquel Teatro Militar pasa a ser también director de escena, actor y decorador.

En 1943, en Montecasino, coincide su compañía con otra compañía teatral americana. Es su primer encuentro con Norma Anderson.

\* \* \*

Burt Lancaster, durante aquel descanso en los Estudios, ha recordado esta época de su vida; Nick sabe que cuando Burt piensa es mejor guardar silencio, porque si hablase tampoco conseguiría atraer la atención del amigo. Han pasado sólo unos breves momentos; tal vez no han sido ni tres minutos; tres minutos en que ha pasado por la imaginación de este hombre diez años de su vida. En los Estudios continúa el ir y venir de los ayudantes de dirección. Ahora la cámara va a entrar otra vez en activo. Comienza el rodaje de una escena de Gina; Carol Reed explica al cameraman cómo debe de tomar unos planos de la estrella italiana. Burt Lancaster y Nick Cravat se dirigen hacia el lugar de rodaje. Todavía no han dado la señal de silencio.

—¿Fuiste tú quien escogió a Lollo para este papel, verdad? —pregunta Cravat con curiosidad.

—Sí; pensé que ella era la más apropiada para interpretarlo —contesta el actor, a quien su propia voz, después de aquellos instantes de silencio, se le hace extraña.

—¿Por qué la escogiste, Burt? —inquire otra vez intrigado.

—Porque considero que es la más guapa del cine.

—Siempre pensando en las mujeres guapas, ¿he? —dice con un guiño Nick.

—Es que Gina, además de guapa profesional, es italiana, y esto es otra garantía para que resulte también una buena actriz.

—¿Mejor o peor que la Magnani?

—Aquella suple la belleza a fuerza de ser gran



actriz; Gina es diferente. Es otra cosa. Mírala.

—¡Silencio!—grita una voz con fuerza.

Y empieza el rodaje. Burt Lancaster se sitúa cerca de la cámara; siempre que puede lo hace. Todavía no ha olvidado que antes de ser actor estaba detrás de las cámaras trabajando. El no llegó a ser actor en seguida. Pasó un tiempo trabajando detrás de esas cámaras, por ello ahora las mira con inteligencia e incluso tiene para ellas un poco de ternura. Ve aparecer de nuevo a su esposa, que le hace señas de que se acerque. Parece preocupada por algo. Burt la coge del brazo y sale con ella de aquel lugar de rodaje; entran en el bar de los Estudios.

—¿Qué te sucede, querida?—pregunta, interesado por el regreso de ella.

—Estoy desolada, Burt, algo le sucede al coche que no consigo ponerlo en marcha. ¿Quieres ayudarme?—interroga la deliciosa Norma, que ni por un momento da la sensación de ser madre de cinco criaturas.

—Bien, vamos a ver qué le sucede a tu coche. Veo que tendré que dejarte el mío si quiero tenerlo en casa cuando llegue.

Salen cogidos del brazo de los Estudios y se dirigen hacia donde Norma ha dejado aparcado su elegante coche blanco.

—Me parece que lo único que tiene es que le falta gasolina—dice finalmente Burt, después de haber inspeccionado el coche.

—Menos mal—suspira tranquilizada ella.—Creí que sería algo importante. Siempre tienes que resolver todos mis problemas, Burt. No sé qué se-

ría de mí de no haberte encontrado aquel día de lluvia en Montecasino.

Burt ríe divertido al escuchar las palabras de su esposa.

—Es curioso, Norma; hace apenas unos minutos yo pensaba en nuestro primer encuentro en Italia. Es cierto que fue un día de lluvia.

—Lo recordaré siempre, querido. Había perdido un tacón de mi zapato y tenía ganas de llorar; sin paraguas, ni impermeable, cuatro paquetes y un zapato roto...

—Sube al coche, Norma; voy a intentar que ruede estos veinte metros que nos separan del poste de gasolina—dice él, abriendo la puertecilla para que suba su esposa.

—...Y entonces tú, como ahora, abriste la puertecilla de un jeep y me invitaste a subir—continúa Norma, sin perder el hilo de su recuerdo.

Después de puesta la gasolina en el coche, Burt besa a su esposa y ve cómo ésta desaparece por la primera bocacalle. Queda un momento quieto, y todavía guarda en su retina la imagen del coche blanco y la mano de su esposa que le saluda sin volver la cabeza. Da media vuelta y se dirige otra vez a los Estudios. Las últimas palabras de su esposa bailan en su imaginación: «...abriste la puertecilla de un jeep y me invitaste a subir...» Fue así, exactamente; y él, en aquel instante ya lejano en que Montecasino aparecía lluvioso, no pensó que el gesto espontáneo de invitar a subir a aquella mujercita morena, que parecía acabada de salir del océano y que además andaba con una dificultad realmente có-



mica, pudiera ser uno de los momentos más trascendentes de su vida.

\* \* \*

—Suba usted, por favor. Creo que llevamos el mismo camino—le dijo.

—¡Oh! Muchas gracias. Estaba a punto de sentarme en la carretera y llorar —explicó ella, sentándose a su lado y dejando los paquetes en el asiento que quedaba a su espalda—. ¿Se dirige al campamento?

—Sí, y supongo que usted también, a juzgar por la dirección. ¿Puedo preguntarle qué va a hacer allí?

—Vengo con la compañía de teatro a dar unas representaciones para los muchachos.

—Tome, puede secarse con mi pañuelo, el suyo está tan mojado como usted —le dijo, viendo los esfuerzos de Norma por secarse la cara. Y añadió: —Yo también he venido con los de la farándula. Nuestros caminos son paralelos; esto es importante. Nos será difícil separarnos después de haber coincidido esta tarde. Fíjese que los dos somos americanos, ¿no es así?

—Yo por los cuatro costados —asiente ella divertida.

—Yo de Nueva York; nacido allí el dos de noviembre de 1913. Bien —continúa—, los dos americanos, nos encontramos en una tarde lluviosa en Montecasino, y hemos venido aquí para dar unos momentos de alegría a unos compatriotas nuestros, para hablarles de América y hacerles saber que sus madres, sus novias y sus esposas

piensan en ellos mientras silban las balas cerca de sus cabezas. Todo esto es importante, ¿no cree?

—Sí lo es; en otra circunstancia cualquiera no lo sería tanto, pero hoy lo es; estamos en guerra y Norteamérica queda a bastantes millas de la maravillosa y artística Italia.

—La vieja Europa dice que los americanos somos un pueblo joven, que piensa poco y trabaja mucho para recuperar unos cuantos siglos que nos llevan de adelanto; tal vez se reirían si hubieran sido testigos de nuestro encuentro; casi aseguraría que dan poco valor a nuestros sentimientos, y sin embargo, si ahora, al llegar al campamento usted y yo preguntáramos a los soldados, uno por uno, americanos, ingleses, italianos y franceses, nos contestarían las mismas frases, los mismos tópicos y lugares comunes; porque en situaciones como esta sólo existe un sentimiento claro y profundo: el de la nostalgia por un pequeño mundo en el que se despertaba todas las mañanas... Bueno, estamos ya en el campamento. Iré en su busca después de la actuación, ¿me esperará? —terminó, otra vez sonriente.

—Dado que estamos en un país extranjero y que usted ha tenido la amabilidad de salvarme, le esperaré.

—De acuerdo; en este mismo lugar. Al anoecer debe ser maravilloso, y me gustará verlo con una mujer americana al lado; yo también estoy imbuído de la psicosis de guerra y me vuelvo un sentimental irremediable.

Todo sucedió como Burt había predicho; el anoecer en aquellos parajes italianos era realmente espléndido y la pareja valoró los instantes



que estuvieron allí como si no los tuvieran que ver jamás. Y sin embargo, se citaron para la mañana siguiente, porque Norma debía marcharse con su compañía aquella misma tarde. Los dos se habían dejado llevar de su sentimiento de nostalgia y sintieron que todo lo que estaba sucediendo tenía un gran interés para ellos.

—Norma —dijo él, pasando su mano por el hombro de la muchacha morena—, cuando haya paz entre los hombres estas horas pasadas aquí poseerán un valor infinito, el valor que se da siempre a las cosas cuando se han perdido. No quiero luego tener que atormentarme por ti, pequeña; tenemos que volver a vernos porque no deseo perderte, ¿comprendes?

—Sí, Burt, y yo también deseo verte después.

Se despidieron confiados en que aquella no era la última vez que se veían. Todo lo que habían hablado, hasta las frases más intrascendentes habían sido pronunciadas con serenidad, con medida, como si se tratase de unas frases escritas siglos atrás para ser citadas en una ceremonia solemne.

Burt, para volver a ver a Norma, que le había inspirado un verdadero cariño, tuvo que salvar grandes dificultades, entre otras, la de escaparse del campamento y pasar una buena temporada en el calabozo militar. Más tarde se prometieron.

Apenas terminada la guerra, una mañana de septiembre de 1945, Burt se ha detenido frente al hotel Royalton de Nueva York. Todavía no sabe exactamente cuál va a ser el nuevo rumbo de su vida, pero de algo está firmemente seguro: se casará en seguida con Norma Anderson. Entra en el

hotel y abre la puerta del ascensor; Norma trabaja en el piso once para un productor de la radio. Junto a él está un desconocido por el que Burt se siente observado atentamente, casi impertinentemente.

Cuando Burt llega junto a su novia suena el teléfono insistentemente.

—Es para ti —dice Norma, alargándole el aparato.

—Oiga —se escucha al otro lado del auricular—. Acabo de verlo en el ascensor y tendría interés en que usted hiciera uno de los papeles de la obra que voy a montar en Broadway. Es usted el tipo de soldado que buscaba. ¿Puede venir a verme luego a mi despacho? Está sólo un piso más arriba del que ahora se encuentra.

—¿Va en serio la proposición? —pregunta él, desconcertado.

—Desde luego; es lamentable no poder entregarle mi tarjeta por teléfono; soy agente de espectáculos y me llamo Hall Wallis —contesta con seriedad.

—Bien; subiré —dice sin convicción Burt.

Al colgar el teléfono explica lo sucedido a Norma.

—Te ha dicho la verdad, querido; es un agente teatral, descubridor de valores. Debes subir y escucharle, no perderás nada.

Poco después, Burt Lancaster interpretaba «Sound of Huntig» y conocía un éxito personal lisonjero. Su carrera fue breve: la obra estuvo dos semanas en Filadelfia y tres en Nueva York; lo suficiente para que el joven actor se destacase y recibiese siete ofertas cinematográficas de Hol-



lywood. El porvenir esbozaba ya una sonrisa para él: se casa con Norma y toman el tren para Hollywood.

Así se inició su vida en la ciudad del cine; entró en los Estudios de aquella forma inesperada, y desde el primer momento se decidió que las cosas habían sucedido así gracias a su encuentro con Norma: como una bomba atómica hecha para obligar a definirse el destino de Burt.

\* \* \*

Burt Lancaster, camino de los Estudios después de haber visto marchar a su esposa, ha pensado en aquellos días de guerra en que la conoció y luego su pensamiento suelto a seguido por senderos ya lejanos, pero que viven en su memoria como el primer día. Al pasar por el gran portalón se cruza con el coche de Harold Hecht, su gran amigo e iniciador en el cine. Juntos forman un buen dúo de productores que trabajan en comunidad. Se conocieron tiempo atrás, antes de que Lancaster hiciera su primera película, en Broadway.

El necesitaba un agente para obtener empleos regulares y salir del anonimato. Un compañero de teatro le presentó a Harold Hecht, que acababa de abrir una agencia para artistas. Harold Hecht le fue simpático a Burt, le gustó su franqueza. Cuando Burt Lancaster entró en su despacho y le expuso lo que deseaba, Harold había contestado:

—Yo conozco mucho mundo, pero tengo pocos clientes. No puedo prometerle nada, pero te aseguro que trabajaré firme para encontrarte empleos. Yo también deseo comer. Cada empleo que consiga para ti me permitirá hacerlo.

—¿Dónde hay que firmar? —preguntó Burt.

—Creo que tienes un buen porvenir —dijo Hecht guardando el contrato.

—Y ahora para celebrar nuestro encuentro, como los dos estamos en condiciones parecidas, sería conveniente que fuésemos a comer juntos, ¿aceptas? —preguntó Burt con sencillez.

Salieron del despacho y aquel día comieron juntos en un pequeño restaurante.

—El oficio de agente de artistas no me gusta demasiado —le confesó con sinceridad Hecht mientras almorzaban—. Lo que yo quisiera es producir films.

Burt Lancaster no pudo olvidar aquellas palabras y por eso, más tarde, cuando fue considerado ya un gran actor por público y crítica, decidió asociarse con Harold Hecht y producir películas.

—Querido —le dijo su esposa después de escuchar sus proyectos—, tienes una gran cualidad: tu fidelidad con los amigos. Es tal vez el signo más representativo de la virilidad de tu espíritu; Nick Cravat, Hal Wallis y Harold Hecht son las mejores razones en que me fundo.

—Quiero a mis amigos, Norma; es importante en la vida tener amigos y los míos son buenos. Con Nick han sido muchos años juntos por los pueblos repartiendo alegría a las gentes; Hal Wallis fue mi descubridor, filmé para él «Los gangsters» y no puedo olvidar que fue mi primera película, una buena película según aseguró la crítica, fue mi oportunidad, ¿comprendes? Por eso acabo de prometerle que interpretaré para él «La rosa tatuada» en Italia.

—¿Es cierto que ella será Ana Magnani? —pre-



gunta interesada Norma, mientras coloca la ropa de los niños a un lado y la de Susabet, Juana y Ana a otro.

—Me gustaría que así fuese, la Magnani es una gran actriz y creo que nos compenetraremos ante las cámaras.

—La obra es maravillosa, Burt; anoche, mientras te esperaba, tuve tiempo de leerla toda y me encantó.

—Es otra de las causas por la que estoy ilusionado, Norma; Tenesse Williams sabe envolver a sus obras de poesía y ternura.

Norma se había sentado junto a su marido, que repasaba otra vez «La rosa tatuada».

—Burt —dijo con cierta tristeza en la voz—. No quisiera que tuvieran que hacer comentarios con la Magnani; ya ha sido suficiente con Marlene Dietrich...

—¿Celosa? —preguntó el hombrón con una sonrisa—. Cuando suceden estas cosas quisiera acallar los comentarios y los pensamientos de las gentes. Vivimos dentro del cine y es difícil que nos dejen tranquilos, es inevitable. Soy un padre de familia; ahora, mientras arreglabas la ropa de los pequeños, me sentía el hombre más feliz del mundo: por Jimmy, por Billy, por Juana, por Susabet y por Ana; y también me sentía el hombre más feliz del mundo por ti, Norma; todo lo demás mucha fantasía y publicidad. Marlene es una buena amiga, y tú eres mi esposa, con la que paso todas las horas fuera de los Estudios; todo lo que no seas tú y los chiquillos carece de importancia, aventuras efímeras que Hollywood aumenta de tamaño. La vida que yo quiero por encima

de todo únicamente podéis dármela tú y los niños —terminó, acariciando a Norma—. Estoy enamorado de ti como el día de nuestra segunda cita en Montecasino.

Luego se levantó, cogió a su esposa por la cintura, apagó las luces de la salita y se dirigieron a sus habitaciones.

—¡Ah! —añadió Burt—. Olvidaba decirte que la sociedad de producción que forme con Harold llevará tu nombre: «Producciones Norma».

Burt interpretó «La rosa tatuada» con Ana Magnani. Burt interpretaba el papel de un conductor de camiones, fuerte y simpático, que conoce a una viuda siciliana en Key West, una isla de Florida. La viuda, que interpretaba la Magnani, adoraba a su esposo y desea aclarar el misterio que envolvió la muerte de su marido. El gigante rubio, brutal, pero lleno de una bondad infantil, se conmueve tanto viendo sufrir a la mujer que, ingenuamente, terminan por mezclarse las lágrimas de ambos.

Las escenas de «La rosa tatuada» se filmaron como si cada una de ellas fuese la más trascendental e importante. Todos los que asistieron al rodaje consideraron que la Magnani y Lancaster daban a sus personajes una humanidad cálida e iluminada, realmente admirable. Y hubo un momento en que se filmaba una escena en que la viuda y el hombre fuerte se han citado, y al verse, los dos tímidos, sin saber qué decir, permanecen callados, violentos. La primera vez que debía rodarse esta escena, Ana Magnani tuvo uno de sus repentinos ataques de risa y comenzó a reír sonoramente; Burt Lancaster le hizo rápidamente eco



y durante unos minutos se tuvo que detener el rodaje, incapaces los dos de detener su expansiva alegría. Ana fue la primera en calmarse:

—¿Por qué no rodamos esta secuencia de esta misma forma? —preguntó al director Daniel Mann.

—De acuerdo, Ana —concedió Mann—. Estaba pensando que vuestra risa había que fotografiarla, ha sido una delicia de naturalidad.

—Burt Lancaster hace de su interpretación junto a la Magnani una de sus más perfectas creaciones, es ya el actor firme que nos reveló bajo el uniforme del sargento Milt Warden en «De aquí a la eternidad» —comenta Daniel Mann cuando han terminado de filmar la escena al nuevo ritmo que ha adquirido a instancias de la risa de la gran actriz italiana.

—También creó un gran tipo en «¡Regresa, pequeña Sheba!» —dice Hal Wallis convencido—. Su papel de Doc Delaney, el hombre maduro, prisionero de una rígida moral que de pronto huía a caballo instigándole a salvar unos saltos vertiginosos.

—Una de las más grandes cualidades de actor de Lancaster es el hecho de que nunca haya sido doblado. Recuerdo que con ocasión de «¡Regresa, pequeña Sheba!» se le dijo que la mayoría de actores eran doblados en escenas como aquella y que la cosa carecía de la menor importancia, pero no hubo forma; es testarudo: si es necesario interpretar un campeón de rugby, como en «Caballero del Estadio», lo hace, y siempre con su sonrisa de hombre seguro, desenvuelto en su papel, como si toda la vida no hubiera hecho otra cosa que jugar al rugby —explica su amigo Hecht.

del cine americano a la prensa — Pero también es la fuerza de concentración y la capacidad de trabajo del hombre y se puede hacer bastante.

La primera película que interpretó como productor fue al lado de Joan Fontaine; después «La flecha y la Hama», «El corsario rojo», «El rey de las islas», «De aquí a la eternidad», «Fort Apache» y «Vera-Cruz», junto a Gary Cooper. Cuando debía interpretar «Vera-Cruz» tomó lecciones de español, porque consideraba necesario comprender a los mejicanos para sentirse uno de ellos.

—¡Todo lo que toca Burt se transforma en oro! —se comentaba en Hollywood, al ver el éxito que obtenían las «Producciones Norma».

—¡Es un hombre con suerte! —exclamaban otros.

—Pero realmente no es sólo suerte —opinaba Nick Cravat, que había oído los comentarios—. Burt posee una fuerza interior y una fuerza de voluntad tan grandes que puede forzar el destino cuando se obstina en ello.

—Tiene un carácter eminentemente viril —dijo Marlene Dietrich en cierta ocasión—, que consiste en no abandonarse jamás a un capricho.

—Durante el rodaje de «De aquí a la eternidad» tuvimos que repetir una escena en que intervenían él y Debora Kerr cuatro veces, porque Lancaster se interrumpía a cada momento para discutir con su realizador; consideraba que aquella no respondía a la idea que él se había forjado.

—Estoy seguro de no equivocarme al reconocer que Burt Lancaster es uno de los hombres que conoce mejor el sujeto de que se ocupa: el cine —aseguró uno de los más grandes realizadores



del cine americano a la Prensa—. Posee también esa fuerza de concentrarse totalmente en su trabajo del momento, y ya nada puede distraerle. La tierra podría temblar y él no perdería de vista ni un solo segundo aquello en que estuviera concentrado. Si esto llegase a suceder estoy seguro que él se limitaría a hacer girar la cámara hacia el temblor de tierra para hacer una secuencia de su película.

Todos estos comentarios se han hecho de él, y en ellos considera el propio Lancaster resumida su vida hasta los cuarenta y dos años. Burt sabe que ha habido momentos en que era difícil definir su vida, pero ahora está tranquilo y tiene la serenidad de aquel que se ha encontrado a sí mismo en su trabajo. El cine es su vocación, aun que llegara hasta allí de forma imprevista. Últimamente, después de filmar «El hombre de Kentucky», dirigida por él, a su regreso a los Estados Unidos se le anunció que había sido seleccionado para representar a Norteamérica en el festival de Venecia. Y ahora, el sueño de diez años: «Trapecio», otra de las producciones «Norma». La película del circo en la que siempre pensó. Burt Lancaster está de nuevo en las salas de rodaje.

—¡Bien, Gina! —dice Carol Reed en aquel momento.

Burt se ha situado junto a las cámaras. Nick Cravat se acerca a él, y dice en voz baja:

—Ahora va nuestro número, Burt, como en nuestros buenos tiempos.

—Es curioso, Nick; ahora un circo americano nos ofrece por este número once mil dólares, y entonces lo hacíamos por tres a la semana.

—Ve a vestirme, dentro de diez minutos tienes que filmar —anuncia uno de los ayudantes de producción.

Pasan diez minutos, Burt Lancaster aparece con el maillot, dispuesto a trabajar: muestra el torso de luchador. Cuando inicia en medio de un gran silencio el ascenso por la escala de cuerda lo hace tranquilo, va a vivir por unos minutos en la atmósfera ya perdida, aquella atmósfera tan particular del circo de sus primeros tiempos. Y en sus escenas de acrobacia Burt Lancaster pone todo el entusiasmo acumulado desde que abandonó el circo hace ya más de quince años. Cuando termina la escena, Carol Reed, el gran director de «El tercer hombre», le felicita con entusiasmo.

\* \* \*

Burt Lancaster regresa a su casa. Está instalado allí con toda su familia, mientras se prolongue el rodaje de «Trapecio» en Francia. Nick Cravat le acompaña. Al llegar a las inmediaciones de la casa, salen a recibirlo Jimmy y Billy montados en sus bicicletas.

—¡Hola, papá! —gritan con entusiasmo.

—¿Qué hay, pequeños? ¿Cómo ha ido vuestro viaje alrededor de «la isla de Francia»? ¿He-béis hecho nuevos descubrimientos?

—¡Ya lo creo! —contesta Billy ilusionado.

—Y no nos hemos perdido, no vayáis a creer —añade Jimmy.

Al entrar en casa, Burt va derecho hacia la habitación de la pequeña Juana, pero Susabet y Ana, con sendos delantales de cocina, se lanzan sobre él para besarle.



—Papaíto, te hemos hecho unas patatas fritas riquísimas, ya verás —explica Susabet, mientras se arregla con coquetería un lazo rosa que sujeta sus trenchitas rubias.

Burt tiene que bajarse hasta las niñas para recibir la caricia.

—Estoy convencido de que serán una delicia. Ahora volved a la cocina; voy a ver a Juana, que le he prometido hacerle un ratito de compañía.

—¿Le leerás el cuento de la «Caperucita Roja»? —pregunta en su media lengua Ana, la más chica de los cinco—. ¡Yo quiero ir contigo!

—Luego prometo ir a leerle un ratito, cuando estés acostada.

Entra en la habitación de Juana, que está sentada en la cama y ríe divertida al ver las graciosas figuras que Nick hace en la pared con las sombras de sus manos. Norma hace eco a la pequeña, y el propio Burt sonríe también ante la habilidad del amigo.

—Burt —dice la esposa—, ha telefoneado Hecht que esta noche te espera, hay una conferencia de prensa y deberás pasarte por allí un momento.

Burt frunce el ceño como un niño al que le quitan un juguete.

—No seas tan insociable, hombre —trata de calmar Nick.

—Además —explica Norma tranquilizadora—, ha prometido que no hay fiesta, ni vinos de honor, todo lo más una naranjada.

—No puedo soportarlo, lo sabéis. Adquirí fama de intratable porque detesto estas cosas. Luego me rehabilité a fuerza de concesiones y de franqueza,

no quiero que en Francia me suceda lo mismo.

—Precisamente para evitar esto debes acudir y contestar con amabilidad cuanto te pregunten —aconseja Nick, que dibuja ahora una graciosa jirafa en la pared con dos dedos enlazados.

Burt decide seguir el consejo.

En casa de Harold Hecht, contesta cortésmente a los periodistas.

—«La historia de «Trapezio» —pregunta Beaume, de «Cinemonde».

—Con «Trapezio» creo producir el film que yo había soñado desde siempre: puede ser que ya soñara con él antes de llegar a Hollywood, antes de ser actor. En las películas que yo he podido ver sobre temas de circo, y creo que he visto todas las que se han hecho, jamás he hallado el ambiente tan especial y excitante del circo. Tal vez será porque yo he vivido varios años en medio de él y he guardado siempre un recuerdo inolvidable, casi mágico, de aquella vida errante. También puede ser porque conseguir dar un ambiente sincero a una película con este tema sea verdaderamente difícil. Desde luego, es una película que posee grandes dificultades de adaptación a la técnica cinematográfica; económicamente son más de tres millones de dólares. Quisiéramos conseguir que fuese entre las películas de circo, lo que ha sido «Las zapatillas rojas» entre las de «ballet».

Burt Lancaster ha hablado con animación, con entusiasmo; las palabras han surgido casi precipitadas.

—El papel de productor es muy considerable —continúa—. Dentro de una medida es un poco el autor de las películas que produce. Hecht y yo



estamos preocupados continuamente de concretar con los escenógrafos, hemos escogido a Carol Reed como director por parecernos el más indicado para dirigir el film que soñamos; estaban también John Huston, pero Huston quiere ser el único maestro cuando dirige sus películas; nosotros somos los productores y tenemos también nuestra responsabilidad; queremos saber en dónde queda nuestro dinero. Con Reed, nosotros hemos establecido nuestra distribución: él dirigirá «Trapezio» como él quiera; una vez en el «plateau» yo no soy más que su dócil intérprete, pero en la preparación del film también tengo que decir mi opinión. En Hollywood, más de una vez por esta manía mía de querer siempre comprender y exponer mis preguntas hemos tenido que discutir para hacerme explicar las intenciones que pretende alcanzar la escena; necesito ver claro.

Burt Lancaster, es a través de sus palabras, un hombre jovial que sabe lo que quiere. Su fuerza, la vivacidad de sus gestos, la convicción que pone en todo lo que él dice.

Cuando regresa a su casa de París muestra una risa de felicidad que se asoma hasta los ojos. Norma le espera leyendo; se oye cadenciosamente la melodía de una de las últimas canciones de Franky Layne. Aquella quietud de su hogar es para Burt lo mejor de su vida. Permanecen unos minutos callados: ella con una novela en las manos, él con el periódico de la noche. La música de «Los cuatro ases» se escucha en estos instantes, y Burt coge a Norma por la cintura y comienzan a deslizarse felices.

—Soy un hombre de suerte, Norma; me lo

repiten todos los días y yo estoy convencido de ello. Estas noches de París que para nosotros son una continuación de nuestra vida en Beverly Hills son en nuestra existencia lo mejor.

—...Y mañana iremos a los Bosques de Bolonia, ¿verdad? —pregunta Norma con coquetería.

—Sí; me vienes a buscar a los Estudios y nos iremos, como cuando éramos novios, en nuestros tiempos de Montecasino, ¿recuerdas?

—Perfectamente, querido. Me dijiste: «cuando haya paz entre los hombres, estos momentos poseerán un valor infinito.»

—Ahora te digo más, Norma. Todos los momentos pasados juntos, en guerra y en paz, poseen un valor infinito.

Se acercan bailando hacia la gran ventana; en el exterior, por la calle, una pareja que no tiene prisa pasea enlazada hacia el Sena. La catedral de Notre Damme, iluminada vagamente por la luna a través de la niebla, imprime en la noche un aire nostálgico de ensueño. Norma contempla a París desde allí y luego dirige sus ojos oscuros hacia su marido: el hombre que tiene sobre todas las cualidades la de ser profunda e intensamente humano, sano, espontáneo y generoso, el hombre a quien pertenece por entero, el actor que cuenta en estos momentos con más admiradoras apasionadas; el hombre que simboliza la fuerza física y moral. El hombre tranquilo capaz de dominar la vida en todas las situaciones. El hombre que en la vida real responde siempre con lo mejor y más sincero de sí mismo.



Recibió la visita de un joven escritor que pretendía llevar a la pantalla un guión que acababa de terminar.

—Modifíquelo usted —dijo Burt, de buenas a primeras.

—¿Que lo modifique? ¡Pero si aún no lo ha leído usted!

—No es preciso. Ya debiera usted saber que al hacer una película se introducen variaciones.

\*\*\*

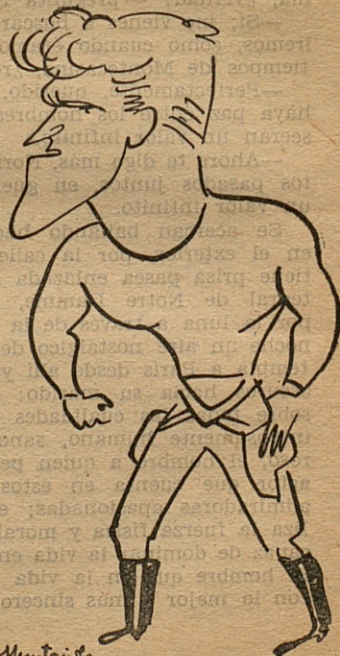
Burt Lancaster estaba examinando a una de las muchachas que deseaban intervenir en una película de la que él era productor. La chica en cuestión era algo menos joven de lo que convenía al papel que debía interpretar.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Burt.

—Pues tengo... tengo... —dudó ella.

—¡Vamcs, ánimo! Considere que cada minuto que pasa agrava su situación.

## Así es BURT LANCASTER



*Montaña*



LORETTA YOUNG.—Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga «experiencia cinematográfica», con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.

## ¡Están a la venta!

HEDY LAMARR.—La emocionante historia de una burguesita que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood. Un destino extrañamente truncado cuando parecía haber alcanzado su punto culminante. Su firme decisión la convirtió en una de las más brillantes estrellas de la pantalla. ¿Por qué se apagó tan pronto su fulgor?



MONTGOMERY CLIFT.—Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.



# ¡Están a la venta!



**AUDREY HEPBURN.**—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial: Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



**JOAN CRAWFORD.**— Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesques». Douglas Fairbanks, Franchot Tone y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.



**KIRK DOUGLAS.**— Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador paga sus estudios en la Universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.